

# LA GUERRA DEL LOBO

BERNARD CORNWELL

# LA GUERRA DEL LOBO

Sajones, vikingos y normandos XI

Traducción de Gregorio Cantera



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *War of the Wolf*

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

© del mapa John Gilkes, 2018

Primera edición: abril de 2021

© Bernard Cornwell, 2018

© de la traducción: Gregorio Cantera, 2021

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Diputación 262, 2º1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6348-7

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 5254-2021

Impreso en España

## ÍNDICE

Mapa .....	9
Topónimos.....	11
Primera parte	
TIERRAS IGNOTAS .....	13
Segunda parte	
EL FESTÍN DE EOSTRE .....	237
Tercera parte	
LA FORTALEZA DE LAS ÁGUILAS .....	373
Nota histórica .....	537



## TOPÓNIMOS

La ortografía de los topónimos de la Inglaterra anglosajona de los siglos IX y X era y es una asignatura pendiente, carente de coherencia, en la que no hay concordancia ni siquiera en cuanto a los nombres. Londres, por ejemplo, podía aparecer como Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Claro que habrá lectores que prefieran otras versiones de los topónimos enumerados en lo que sigue, pero, aun reconociendo que ni esa solución es incuestionable, he preferido recurrir, por lo general, a la ortografía utilizada en el *Oxford* o en el *Cambridge Dictionary of English Place-Names* (Diccionario Oxford, o Cambridge, de topónimos ingleses) para los años en torno al 900 de nuestra era. En 956, Hayling Island se escribía tanto Heilicingae como Hæglingaiggæ. Tampoco he sido coherente en este aspecto: me he decantado por el vocablo Northumbria en vez de Norðhymbraland para que nadie piense que los límites del antiguo reino coinciden con los del condado en la actualidad. Así que esta lista, como la ortografía de los nombres que en ella aparecen, es caprichosa.

Bebbanburg	Bamburgh, Northumbria
Berewic	Berwick on Tweed, Northumbria
Brunanburh	Bromborough, Cheshire
Cair Ligualid	Carlisle, Cumbria
Ceaster	Chester, Cheshire
Cent	Kent
Contwaraburg	Canterbury, Kent
Dunholm	Durham, condado de Durham

Dyflin	Dublín, Irlanda
Eoferwic	York, Yorkshire (nombre anglosajón)
Fagranforda	Fairford, Gloucestershire
Farnea (islas)	Islas Farne, Northumbria
Gleawecestre	Gloucester, Gloucestershire
Heagostealdes	Hexham, Northumbria
Heaburh	
(nombre ficticio)	Whitley Castle, Alston, Cumbria
Hedene	río Eden, Cumbria
Huntandun	Huntingdon, Cambridgeshire
Hwite	Whitchurch, Shropshire
Irthinam	río Irthing
Jorvik	York, Yorkshire (nombre danés)
Lindcolne	Lincoln, Lincolnshire
Lindisfarena	Lindisfarne (Isla Santa), Northumbria
Lundene	Londres
Mædlak	río Medlock, Lancashire
Mærse	río Mersey
Mameceaster	Manchester
Monez	Anglesey, Gales
Ribbel	río Ribble, Lancashire
Ribelcastre	Ribchester, Lancashire
Snæland	Islandia
Spura	
(nombre ficticio)	Birdoswald (fortaleza romana), Cumbria
Sumorsæte	Somerset
Tamweorthin	Tamworth, Staffordshire
Temes	río Támesis
Tine	río Tyne
Usa	río Ouse, Yorkshire
Wevere	río Weaver, Cheshire
Wiltunscir	Wiltshire
Wintanceaster	Winchester, Hampshire
Wirhealum	península de Wirral, Cheshire

# PRIMERA PARTE

Tierras ignotas

## CAPÍTULO I

No asistí al funeral de Etelfleda.

La enterraron en Gleawecestre, en la misma cripta donde reposaban los restos de su marido, aquél de quien tanto abominara.

Presidió las exequias su hermano, el rey Eduardo de Wessex, quien, una vez concluidos los ritos de inhumación, decidió quedarse en la ciudad. En el palacio, se arrió el tan singular estandarte del santo ganso que había adoptado su hermana y, en su lugar, ondeó desde entonces el dragón de Wessex. El mensaje no podía ser más explícito: atrás quedaba lo que un día fuera Mercia. Todas las tierras bretonas al sur de Northumbria y al este de Gales pasaban a ser un solo reino con un único rey a la cabeza. Eduardo me emplazó a acudir a Gleawecestre para que le prestase juramento de lealtad y le rindiese vasallaje, como señor que era de aquellas tierras de mi propiedad que se hallaban en lo que hasta entonces había sido Mercia; la orden de comparecencia venía firmada con su nombre y seguido de una apostilla, *Anglorum Saxonum Rex*, es decir, rey de los anglos y de los sajones. Hice caso omiso de tal documento.

Al cabo de un año, me llegó un segundo documento, rubricado y sellado esta vez en Wintanceaster, en el que se me hacía saber que, por la gracia de Dios, las tierras que Etelfleda de Mercia había tenido a bien otorgarme pasaban a manos del obispado de Hereford, el cual, según se afirma-

ba en aquel pergamino, haría el mejor uso de ellas para mayor gloria de Dios.

–O sea, que el obispo Wulfheard dispondrá de más plata para agasajar a sus putas –comenté a Eadith.

–Si os hubierais llegado a Gleawecestre... –dejó caer.

–¿Y prestar juramento de fidelidad a Eduardo? –pronuncié el nombre con grima–. Jamás. Nada necesito de Wessex, ni Wessex necesita nada de mí.

–¿Qué vais a hacer, pues, con respecto a las tierras? –se interesó.

–Nada –repuse. ¿Qué podía hacer? ¿Declarar la guerra a Wessex? Me enojaba que aquellas tierras de Mercia que hasta entonces habían sido de mi propiedad fuesen a parar a manos de un antiguo enemigo como era el obispo Wulfheard, pero ni falta que me hacían. Había recuperado Bebbanburg. Era uno de los señores de Northumbria; tenía, pues, todo cuanto siempre había codiciado–. Además, ¿por qué habría de hacer nada? –le dije refunfuñando a Eadith–. Ya soy mayor y no tengo ganas de jarana.

–No lo sois –me dijo, muy convencida.

–Y tanto que sí –insistí. Tenía más de sesenta años. Era un vejestorio.

–Quién lo diría.

–Que Wulfheard se dedique a roturar a sus putas y que me dejen morir en paz. Tanto me da si no vuelvo a pisar Wessex o Mercia en lo que me queda de vida.

Sin embargo, al cabo de un año y a lomos de Tintreg, el más brioso de mis corceles, calado el yelmo, embutido en una cota de malla y con mi espada, *Hálito de serpiente*, a la cintura, una vez más me veía en Mercia. Rorik, el muchacho que me servía como mozo en aquellos días, cargaba con mi pesado escudo con reborde de hierro; a lomos de sendos caballos de guerra, noventa hombres armados hasta los dientes nos seguían.

–¡Santo cielo! –se sorprendió Finan, que cabalgaba a mi lado. Acababa de avistar al enemigo en el valle que se extendía a nuestros pies–. Pero ¿cuántos son esos cabrones? ¿Cuatrocientos, quizá? –Se lo pensó mejor–. Eso tirando por lo bajo. Quién sabe, puede que quinientos.

Callé la boca.

Esto ocurría a última hora de una gélida tarde de invierno. En forma de vapor, el aliento de los caballos empañaba los árboles desnudos que coronaban la suave loma desde donde observábamos a nuestros enemigos. Oculto entre las nubes, el sol ya se ponía, lo que quería decir que ningún destello procedente de nuestras cotas de malla o de las armas que portábamos les revelaría nuestra presencia. Más lejos, a mi derecha, hacia el oeste, plácido y gris, el río Dee proseguía su curso, ensanchándose a medida que se acercaba al mar. Abajo, a nuestros pies, el enemigo; más allá, Ceaster.

–Quinientos, definitivamente –concluyó Finan.

–Nunca pensé que volvería a ver estos parajes –comenté–. Nunca se me pasó por la cabeza la idea de volver por aquí.

–Han echado abajo parte del puente –dijo Finan, volviendo la vista hacia el sur.

–¿Acaso no habríais hecho vos lo mismo en su lugar?

Porque aquel lugar no era otro que Ceaster, ciudad a la que nuestros enemigos habían puesto sitio. La mayoría se congregaba al este de la ciudad, pero el humo de unas hogueras de campamento daba a entender que había muchos más al norte de la misma. Antes de virar hacia el norte en busca del ancho estuario, el río Dee discurría justo por el sur de las murallas de la ciudad. Con la demolición del ojo central del antiguo puente romano, el enemigo bien podía dar por hecho que ningún refuerzo desde allí habría de llegar en ayuda de la ciudad. Si la reducida guarnición que la defendía trataba de buscar alguna forma de zafarse del asedio,

por fuerza tendría que abrirse paso hacia el norte o hacia el este, donde más fuerte se había hecho el enemigo. Y escueta era, por lo visto, la guarnición que la defendía. Por lo que me habían contado, y por más que no se tratase sino de meras conjeturas, los defensores eran menos de cien. Finan debía de haber pensado lo mismo que yo.

—¿No iréis a decirme que quinientos hombres no han sido capaces de tomarla? —apuntó con guasa.

—¿No serán más bien seiscientos? —observé con tacto. No era fácil hacerse una idea del número de efectivos. Muchas de las gentes que ocupaban el campamento de los asaltantes no eran sino mujeres y niños; con todo, tenía para mí que Finan se había quedado corto. Tintreg agachó la cabeza y soltó un bufido. Le acaricié el pescuezo y, por si acaso, dejé caer la mano hasta la empuñadura de *Hálito de serpiente*—. No quisiera verme en la tesitura de tener que enfrentarme con esas murallas —añadí. Porque de piedra eran las murallas que rodeaban Ceaster: las habían levantado los romanos y, como constructores, los romanos no tenían parangón. Si habían sido capaces de contener los primeros envites y al enemigo no le había quedado otra que acampar y ponerles sitio con la esperanza de acabar con ellos matándolos de hambre, la pequeña guarnición de la ciudad debía de estar en buenas manos.

—¿Qué vamos a hacer entonces? —se interesó Finan.

—Hemos recorrido un largo camino para llegar hasta aquí —repuse.

—¿Y?

—Pues que sería una pena no montar una buena. —Me quedé contemplando la ciudad—. De ser cierto lo que nos han contado, esos pobres desgraciados deben de estar alimentándose de ratas a estas alturas. Pero ¿qué me decís de esos otros? —pregunté, al tiempo que volvía la vista hacia el lugar donde mayor era el número de hogueras—. Ésos de

ahí están muertos de frío y hastiados; llevan aquí más de la cuenta. Durante el asalto a esas murallas, han sufrido muchas bajas, así que ahora se limitan a eso, a esperar.

Podía ver las anchas talanqueras que los asaltantes habían levantado ante las puertas que daban al norte y al este de Ceaster. Con el fin de impedir que la guarnición tuviera alguna posibilidad de salir o escapar, tales parapetos por fuerza habían de estar guardados por sus mejores hombres.

–Están ateridos y hastiados, saben que aquí no pintan nada.

–¿Nada? –comentó Finan, esbozando una sonrisa.

–Son hombres del *fyrð* en su mayoría –añadí. Una tropa formada por aparceros, pastores y hombres del vulgo, capaces sin duda de dar muestras de innegable arrojo, pero que nada podían hacer frente a guerreros bien adiestrados, como los noventa hombres que venían conmigo–. Aparte de que aquí no pintan nada –insistí–, es una necedad.

–¿Una necedad, decís? –se interesó Berg, que, a lomos de su corcel, se encontraba a mis espaldas.

–¿No veis que ni siquiera han apostado centinelas? Jamás deberían haber consentido que pudiéramos llegar tan cerca. Ni siquiera se han dado cuenta de que estamos aquí. Una torpeza así es capaz de dar al traste con casi todo.

–Me gusta eso de que sean tan sandios como decís –contestó. El joven y aguerrido hombre del norte no le tenía miedo a nada, excepto a cualquier cosa que su joven esposa sajona pudiera echarle en cara.

–Disponemos de tres horas antes de que se ponga el sol –observó Finan.

–No las malgastemos, pues.

Obligué a Tintreg a dar media vuelta y, por entre los árboles, regresamos al camino que, desde el vado del río Mærse, llevaba hasta Ceaster. Un camino que tantos y tantos recuerdos me traía, como cuando, a caballo, lo había

recorrido para ir a enfrentarme a Ragnall o para acabar con Haesten. Un camino que, ineludiblemente, me llevaba a otra contienda.

Aunque nuestro aspecto no podía ser más aterrador, no nos dimos ninguna prisa a la hora de bajar la larga y suave pendiente que nos separaba de ellos. Con las espadas reposando en las vainas y las lanzas a lomos de los caballos de carga que habíamos dejado en manos de los mozos, avanzábamos como hombres que acababan de realizar un largo viaje, lo cual no dejaba de ser cierto, por otra parte. Por fuerza, el enemigo tendría que vernos tan pronto como dejáramos atrás aquel risco arbolado, pero nosotros no éramos más que unos pocos frente a los muchos que eran ellos, y nuestro avance pausado les daría a entender que íbamos en son de paz. Aunque las altas murallas de la ciudad estaban casi sumidas en la penumbra, llegué a vislumbrar las cruces cristianas que ondeaban en los estandartes, y no pude por menos que acordarme de Leofstan, aquel santo, tan loco como buena persona, a quien Etelfleda había designado obispo de Ceaster. Ella era quien se había encargado de reforzar e incluso de establecer una guarnición en aquella fortaleza, convirtiéndola así en un bastión contra los daneses y hombres del norte que cruzaban el mar de Irlanda para ir en busca de esclavos en tierras sajonas.

Etelfleda, hija de Alfredo y señora de Mercia. Muerta ya para entonces, sus restos se descomponían en una fría cripta de piedra. Me imaginé sus manos carentes de vida aferradas a un crucifijo en la enrarecida oscuridad de la tumba, y me acordé de cómo aquellas mismas manos se me clavaban en la espalda mientras, retorciéndose entre mis brazos, me imploraba: «Que Dios me perdone, pero ¡ni se os ocurra parar!».

En aquel momento, sólo por ella volvía a Ceatser.  
Y *Hálito de serpiente* se disponía a matar de nuevo.

Ahora era el hermano de Etelfleda quien estaba al frente de los destinos de Wessex. Nunca había puesto inconveniente alguno a que su hermana se hubiera proclamado señora de Mercia, pero, tras su fallecimiento, y al frente de un nutrido ejército de sajones del oeste, no había dudado en adentrarse en aquellas tierras que, más al norte, se extendían al otro lado del Támesis. Según él, sólo habían ido hasta allí para honrar su memoria durante las exequias, pero lo cierto es que no se movieron hasta que Eduardo se hizo al fin con las riendas del reino de su hermana. Eduardo, *Anglorum Saxonum Rex*.

Los grandes terratenientes de Mercia, aquellos que se habían limitado a agachar la cabeza, se vieron recompensados con largueza; con todo, hubo algunos, pocos empero, a quienes no acababa de convencer la presencia de los sajones del oeste. Mercia era una tierra orgullosa de su pasado. Hubo una época en que el rey de Mercia había llegado a ser el hombre más poderoso de Britania; un tiempo en que los reyes de Wessex, de Anglia oriental y hasta los caudillos de Gales le rendían vasallaje; un tiempo en que Mercia había sido el más pujante de los reinos britanos. Más adelante, tras la aparición de los daneses, dio comienzo la decadencia del reino, hasta que llegó Etelfleda, quien no sólo les plantó cara, sino que expulsó a los paganos más al norte y levantó los fortines que aún preservaban las fronteras de su territorio. Una vez muerta y pasto ya de los gusanos, las tropas de su hermano eran las que custodiaban las murallas de aquellos fortines, en tanto que el rey de Wessex se proclamaba rey de todos los sajones, les reclamaba plata por mantener allí sus hombres y privaba de sus propiedades a los terratenientes que no lo veían con buenos ojos, para ponerlas en manos de los suyos o de la Iglesia. Siempre de

la Iglesia, porque eran los curas quienes se encargaban de inculcar a las gentes de Mercia la idea de que no otra era la voluntad de su dios crucificado: que Eduardo de Wessex fuera su rey, y que oponerse al rey era tanto como oponerse a Dios.

Pese al temor que les inspiraba el dios crucificado, ni siquiera eso bastó para acallar las revueltas, y así fue como dieron comienzo las luchas intestinas que enfrentaban a sajones contra sajones, a cristianos contra cristianos, a gentes de Mercia contra sus propios paisanos, a gentes de Mercia contra sajones del oeste. Asegurando que había sido la propia Etelfleda quien había designado a su hija Ælfwynn como su sucesora, al grito de «¡Ælfwynn, reina de Mercia!», los rebeldes enarbolaban la bandera de la madre. El caso es que Ælfwynn –una joven, caprichosa, frívola, preciosa y alocada–, aunque tan incapaz habría sido de gobernar un reino como de alancear a un jabalí acorralado, me caía bien. Y por más que Eduardo, al tanto de que, en su día, su sobrina hubiera sido la elegida para ocupar el trono de Mercia, se encargara de recluirla en un convento junto con la esposa a la que había repudiado, los rebeldes siguieron enarbolando la bandera de la madre y peleando en su nombre.

Al frente de ellos, Cynlæf Haraldson, un guerrero, un sajón del oeste; aquél al que Etelfleda había elegido como marido para Ælfwynn. La verdad es que Cynlæf sólo aspiraba a proclamarse rey de Mercia. Era un joven apuesto y arrojado, pero también un necio, en mi opinión. Su única ambición era derrotar a los sajones del oeste, sacar a su novia del convento y verse coronado como rey.

Pero antes tenía que apoderarse de Ceaster, y eso aún no lo había conseguido.

\* \* \*

–Parece que va a nevar –iba diciendo Finan mientras cabalgábamos en dirección sur, camino de la ciudad.

–¿A estas alturas del año? No creo que... –contesté, muy convencido.

–Lo noto en los huesos –añadió, al tiempo que se estremecía como si sintiera un escalofrío–. En cuanto se haga de noche.

Al oírlo, me eché a reír.

–Dos chelines a que no.

Él también rompió a reír.

–¡Señor, no dejes de enviarme necios acaudalados! Los huesos no engañan. –Aparte de irlandés, Finan era mi lugarteniente y también mi mejor amigo. Bajo el acero del yelmo, con aquella barba gris (igual que la mía, me imaginaba) y aquel rostro arrugado, parecía un viejo. Le observé mientras destrababa a *Ladrona de almas* de la vaina donde reposaba, al tiempo que echaba una rápida ojeada a través de la humareda que desprendían las hogueras que veíamos más adelante–. ¿Qué vamos a hacer, al fin? –me preguntó.

–Expulsar a esos malnacidos que han acampado en la parte este de la ciudad –repuse.

–Pues lo que es por ese lado, los hay para dar y tomar.

Eché cuentas y me imaginé que, más o menos, las dos terceras partes de nuestros enemigos habían acampado al este de Ceaster. Muchas eran las hogueras que, entre unos cuchitriles improvisados con ramas y tapines, ardían por aquel lado. Al sur de tan toscos chamizos y más cerca de las ruinas del antiguo anfiteatro romano, que, a pesar de haber sido aprovechado como cantera, se alzaba aún soberbio por encima de la docena de suntuosas tiendas que, con desmayo, presidían un par de estandartes que ni se agitaban siquiera en aquel aire encalmado.

–Si Cynlæf anda por aquí todavía, estará en una de esas tiendas –apunté.

–Confíemos en que el cabrón haya bebido más de la cuenta.

–Quién sabe, a lo mejor le ha dado por instalarse en el anfiteatro. –Bajo los graderíos de piedra de aquella vasta mole que era el anfiteatro, había unos oscuros cubiles, que, al menos la última vez que me di una vuelta por allí, hacían las veces de madrigueras de perros salvajes–. Si tuviera un poco de cabeza –continué–, ya no estaría en el asedio. Habría dejado a unos cuantos hombres para que se ocuparan de seguir matando de hambre a la guarnición y se habría ido al sur. Allí será donde se gane o se pierda esta revuelta, no aquí.

–¿Y creéis que la tiene?

–La misma que un chorlito –repuse, echándome a reír. Cargadas con brazadas de leña, unas cuantas mujeres se apartaban a un lado del camino y, tras arrodillarse, nos dejaban pasar; al verme, levantaban la cabeza, extrañadas. Les dirigí un saludo con la mano–. ¡Qué menos! Vamos a dejar viudas a unas cuantas –añadí, sin dejar de reír.

–¿Y eso os hace gracia?

Espoleé a Tintreg hasta ponerlo al trote.

–No. Lo gracioso es ver a dos viejos como nosotros en busca de jarana.

–Hablad por vos –apuntó Finan.

–Pero si tenéis los mismos años que yo...

–Ya, ¡pero aún no soy abuelo como vos!

–Quién sabe. Nunca os habéis molestado en averiguarlo.

–Los bastardos no cuentan.

–Y tanto que sí –traté de zanjar.

–En tal caso, a estas alturas, vos seríais ya bisabuelo.

Me lo quedé mirando con cara de pocos amigos.

–Los bastardos no cuentan –rezongué, lo que bastó para que Finan rompiera a reír de nuevo.

Luego, al adentrarnos en el cementerio romano que se extendía a ambos lados del camino, se santiguó. Por-

que allí había fantasmas, espectros que vagaban por entre las lápidas que, cubiertas de verdín, mostraban unas inscripciones casi ilegibles que sólo entendían los curas cristianos que sabían latín. Años atrás, diciendo a quien quisiera escucharlo que todo aquello no eran sino abominaciones paganas, en un exceso de celo, a un cura le dio por retirar las lápidas. Ese mismo día, la muerte se abatió sobre él y, desde entonces, los cristianos se habían resignado a la vecindad de aquellos sepulcros que, tal y como yo lo veía, debían de estar bajo la protección de los dioses romanos. Cuando se lo conté, el obispo Leofstan se había echado a reír de buena gana, no sin antes darme toda clase de explicaciones acerca de los buenos cristianos que eran los romanos.

—Que cayese muerto aquel día fue voluntad de nuestro dios, el único dios verdadero —me dijo. Más adelante, de repente también, igual que aquel cura que no podía ni ver aquellas tumbas, habría de morir el propio Leofstan. *Wyrd bið ful āraed*. El destino es inexorable.

En grupos, aunque sin llegar a avanzar de uno en uno, mis hombres empezaron a replegarse. Ninguno quería acercarse más de la cuenta a los lados del camino, pues allí se congregaban los espectros. Tan larga como irregular y apelotonada hilera de jinetes nos tornaba vulnerables, pero nuestros enemigos no parecían haberse dado cuenta siquiera de la amenaza que representábamos. Atrás dejamos a otras mujeres que, no menos cargadas, llevaban enormes brazadas de leña que debían haber recogido en los bosquecillos que se extendían al norte de aquellas tumbas. Las hogueras más cercanas estaban ya a sólo un paso de nosotros. Aunque aún faltaba una hora o más para que anocheciera, la luz de la tarde ya empezaba a declinar. Con todo, llegué a advertir la presencia de hombres encaramados en la muralla norte de la ciudad, e incluso las lanzas que em-

puñaban, y caí en la cuenta de que también ellos debían de estar observándonos. Aunque pensarían que no éramos sino tropas de refuerzo que llegaban para echar una mano a los asaltantes.

Nada más pasar el antiguo cementerio romano, refrené a Tintreg hasta que el resto de los hombres se llegaron a mi altura. El hecho de haber vuelto a pasar junto a aquellas tumbas y de haber pensado en el obispo Leofstan me había traído viejos recuerdos.

–¿Os acordáis de Mus? –pregunté a Finan.

–¡Por Dios! ¿Quién podría olvidarla? –dijo, al tiempo que esbozaba una sonrisa–. ¿Acaso vos...? –empezó a decir.

–Jamás de los jamases. ¿Y vos?

Negó con la cabeza.

–Vuestro hijo, en cambio, sí que le dio algún que otro revolcón.

Había dejado a mi hijo al mando de las tropas que habían de defender Bebbanburg.

–Eso que se lleva por delante –repuse. Aunque su verdadero nombre era Sunngifu, Mus, tan pequeña como un ratoncito, había estado casada con el obispo Leofstan–. Me pregunto qué habrá sido de ella –comenté, sin perder de vista el lienzo norte de Ceaster, tratando de hacerme una idea de cuántos hombres defendían aquellas murallas–. Más de los que pensaba –dejé caer.

–¿Cómo que más?

–Hombres en lo alto de las murallas –aclaré. Podía contar que no menos de cuarenta eran los que defendían las murallas por aquel lado. Por lógica, otros tantos debían de ser en el lienzo que daba al este, donde se congregaba el grueso de los asaltantes.

–A lo mejor han recibido refuerzos –apuntó Finan.

–O el monje estaba equivocado, cosa que no me sorprendería.

Porque el caso es que había sido un monje que se había acercado a Bebbanburg quien nos había puesto al tanto del asedio al que estaba sometido Ceaster. Ya estábamos al corriente de las revueltas en Mercia, cosa que celebrábamos, como es natural. Que Eduardo, quien ya por entonces se autoproclamaba rey de los anglos y de los sajones, tuviera pensado invadir Northumbria con tal de hacer realidad tan pomposo título no era sino un secreto a voces. Barruntando la que se le venía encima, Sigtryggr, mi yerno y también rey de Northumbria, se había estado preparando para hacer frente a tal invasión. Hasta que nos enteramos de las revueltas intestinas que estaban desgarrando Mercia y de que Eduardo, lejos de pensar en invadirnos, luchaba por conservar aquel territorio que acababa de anexionarse. Así las cosas, sólo una podía ser nuestra respuesta: ¡quedarnos cruzados de brazos!; dejar que el reino de Eduardo se viniera abajo en pedazos, porque cada guerrero sajón que se dejase la vida en Mercia era uno menos de quienes, espada en mano, algún día invadirían Northumbria.

Sin embargo, a última hora de una tarde de finales de invierno, bajo un cielo cada vez más oscuro, en ésas andaba yo: dispuesto a guerrear en Mercia. Decisión que, si poca gracia le había hecho a Sigtryggr, menos aún había complacido a mi hija.

—¿A cuento de qué? —me había preguntado.

—Hice un juramento —dije a los dos, lo que bastó para acallar sus protestas.

Los juramentos son sagrados. Quebrantar un juramento es como abrir la puerta a la ira de los dioses; por eso, aunque de mala gana, Sigtryggr había accedido a dejarme ir a Ceaster para que tratara de librar a la ciudad del asedio al que estaba sometida. Tampoco podría haber hecho gran cosa para impedírmelo. Yo era no sólo el más poderoso de sus señores, sino también su suegro y señor de Bebbanburg, y ade-

más el hombre a quien debía el trono. Con todo, me insistió en que me las apañara con menos de cien guerreros.

–Si partís con más, esos malditos escoceses no dudarán en echársenos encima. –Y no le faltaba razón.

Me puse en camino, pues, al frente de noventa hombres. Con ellos era con quienes trataba de salvar el nuevo reino que se había anexionado Eduardo.

–¿Acaso pensáis que Eduardo vaya a daros las gracias siquiera? –se había interesado mi hija, tratando de ver el lado bueno de una decisión tan inicua como la que había tomado. Quién sabe si, en el fondo, no habría llegado a pensar que, quizá como muestra de gratitud, Eduardo fuera a dejar de lado sus planes de invadir Northumbria.

–Eduardo me tomará por un necio.

–¡Porque lo sois! –había remachado Stiorra.

–Por otra parte, tengo entendido que está enfermo.

–Bien –repuso en tono vengativo–. Con un poco de suerte, a lo mejor su nueva mujer lo está dejando exhausto.

Pasase lo que pasase en Ceaster, sin embargo, o eso pensaba yo, Eduardo nunca me daría las gracias. Ya los cascos de nuestras monturas retumbaban sobre las piedras de la calzada romana. Cabalgábamos a paso lento todavía, pues no suponíamos una amenaza. Atrás dejamos la añeja y enmohecida piedra miliar en la que podía leerse que nos encontrábamos a una milla de Deva, nombre por el que era conocida Ceaster en tiempo de los romanos. Para entonces, ya estábamos en medio de los chamizos y las hogueras del campamento y, al pasar, la gente se nos quedaba mirando. No parecían asustados, no había centinelas, nadie nos salió al paso.

–Pero ¿se puede saber qué le pasa a esta gente? –rezongó Finan, desconcertado.

–Pues que piensan que, si alguien viene a echarles una mano –repuse–, ésta por fuerza habrá de llegarles del este, que no del norte. Piensan, ya ves, que estamos de su parte.

–Entonces es que son idiotas –replicó, y estaba en lo cierto. Si todavía estaba al frente de aquellos hombres, Cynlæf tendría que haber apostado centinelas en todos los caminos de acceso al campamento, pero las largas y gélidas semanas de asedio los había vuelto displicentes y descuidados. Obcecado con apoderarse de Ceaster, Cynlæf había olvidado vigilar su retaguardia.

Finan, que tenía vista de lince, no dejaba de escrutar las murallas de la ciudad.

–Vaya con el monje, menudo cantamañanas de mierda –masculló con desdén–. ¡Cuento no menos de cincuenta y ocho hombres en la muralla norte!

El monje que me había puesto al tanto del asedio parecía estar muy seguro de lo escasa que era la guarnición que defendía la ciudad.

–¿Cómo de reducida? –le había preguntado.

–No más de un centenar de hombres, mi señor.

Me quedé mirándolo como si no me lo acabara de creer.

–¿Y cómo es que vos estáis al tanto de eso?

–Me lo dijo el cura, mi señor –repuso, azorado. El monje en cuestión, que decía llamarse el hermano Osric, me aseguraba que venía de un monasterio que había en Hwite, un lugar del que nunca había oído hablar, pero que, según él, estaba a pocas horas de marcha a pie al sur de Ceaster. El hermano Osric nos había hablado de las condiciones en que, un día, llegara aquel cura al monasterio–. ¡Estaba en las últimas, mi señor! Un cólico miserere.

–¿Y estáis seguro de que era el padre Swithred?

–Sin duda, mi señor.

Conocía a Swithred: un hombre entrado en años, un cura intransigente y amargado que no me podía ni ver.

–¿Y decís que la guarnición optó por enviarlo a él en busca de ayuda?

–Así es, mi señor.

–¿En lugar de encargar tal misión a un guerrero?

–De sobra sabéis, mi señor, que un cura puede adentrarse en terrenos que están vedados a los guerreros –me aclaró–. El padre Swithred nos dijo que había salido de la ciudad al caer la noche, que había deambulado a sus anchas por el campamento de los sitiadores sin que nadie le diera el alto y que se había dirigido al sur, a Hwite.

–Donde, según vos, llegó enfermo.

–En las últimas, como os digo, o con esa idea me fui de allí, mi señor –aclaró el hermano Osric, santiguándose–. Es la voluntad de Dios.

–Qué cosas más raras tiene vuestro dios –rezongué.

–El padre Swithred suplicó al abad que uno de nosotros viniera a advertiros de lo que pasaba, mi señor –había añadido–; y resulta que fui yo el elegido –concluyó, de forma poco convincente y puesto de rodillas, momento en que reparé en la bárbara y roja cicatriz que, de lado a lado, le cruzaba la tonsura.

–Aparte de no poder ver a los paganos ni en pintura, no se puede decir que el padre Swithred me haya tenido nunca en gran estima –le dije–; aun así, ¿queréis hacerme creer que os pidió que vinierais a avisarme?

Aquella pregunta hizo que el hermano Osric se sintiera visiblemente incómodo, hasta el punto de sonrojarse y mascullar:

–En realidad..., él..., lo que hizo fue...

–¿Insultarme, quizá? –dejé caer.

–Así es, mi señor, eso hizo –suspiró, aliviado al ver que me anticipaba a una respuesta que no se atrevía a formular en voz alta–. Pero también dijo que vos no echaríais en saco roto la petición de ayuda de la guarnición.

–¿Y no llevaría encima por casualidad una carta en la que constase por escrito esa petición? –me interesé.

–La llevaba, mi señor –afirmó, antes de añadir con cara de asco–, pero vomitó encima. Fue algo muy desagradable, mi señor, sangre y bilis por todas partes.

–¿Cómo os hicisteis esa cicatriz? –le pregunté.

–Un golpe que me propinó mi hermana, mi señor –repuso, sorprendido al oír semejante pregunta–. Con una hoz, mi señor.

–¿Cuántos hombres decís que ponen sitio a la ciudad?

–Según el padre Swithred, varios centenares, mi señor. –Recuerdo lo nervioso que estaba el hermano Osric, pero lo atribuí al miedo que pudiera inspirarle el verse en mi presencia, un pagano de armas tomar. ¿Pensaría acaso que estaba dotado de cuernos y cola bífida?–. Gracias a Dios, mi señor –continuó–, la guarnición fue capaz de repeler el primer asalto. Dios quiera que, a estas alturas, la ciudad no haya caído en sus manos. Son ellos quienes os solicitan vuestra ayuda, mi señor.

–¿Cómo es que no se la ha prestado Eduardo?

–Tiene otros enemigos de los que ocuparse, mi señor. En estos momentos, se enfrenta a ellos en el sur de Mercia. ¡Os lo ruego, mi señor! La guarnición no está en condiciones de resistir mucho más.

Empero, no sólo habían resistido, sino que allí estábamos nosotros. Atrás habíamos dejado la calzada y, en aquellos momentos, a paso lento, nuestras monturas recorrían el campamento de los asaltantes. Los más afortunados habían encontrado cobijo en los graneros que, en su día, levantarán los romanos: magníficos edificios de piedra, de cuyas cubiertas, desaparecidas al cabo de tantos años, no quedaban ya sino unos cuantos montones de cañizo apilados al buen tuntún por encima de aquellas mismas vigas. La mayoría de aquellas gentes, sin embargo, se resguardaba en toscos chamizos. Unas cuantas mujeres se afanaban en alimentar las hogueras con la leña que acababan de recoger,

y se disponían a preparar la última comida del día. No nos prestaron la menor atención. No obstante, al ver la cota de malla y la cimera de plata que coronaba el yelmo, al ver los adornos, también de plata, que guarnecían las riendas de Tintreg, debieron de darse cuenta de que estaban en presencia de un señor, de modo que, a mi paso, no dudaron en ponerse de rodillas. Pero ninguna se atrevió a preguntarnos quiénes éramos.

Hicimos un alto en un claro al nordeste de la ciudad. Eché un vistazo en derredor y, para mi sorpresa, no había muchos caballos por allí. Por fuerza, los asaltantes tenían que disponer de caballos. Había pensado en hacerme con ellos, tanto para privar a aquellos hombres de una posible escapatoria como para costear en parte los gastos de nuestro desplazamiento en pleno invierno, pero no acerté a ver más de una docena. Si no tenían monturas, llevábamos todas las de ganar, de modo que, tras obligar a Tintreg a dar media vuelta, pasé de nuevo por entre mis hombres y me acerqué a los caballos de carga.

—Descargad las lanzas —ordené a los mozos.

Nada menos que ocho voluminosos fardos atados con correas de cuero. Con sus astas de fresno y sus afiladas moharras de acero, cada lanza medía unos siete pies de largo. Aguardé hasta que desataron los ocho fardos y hasta que cada uno de mis hombres se hizo con una de aquellas lanzas. Aunque algunos, pocos, preferían cabalgar sin el estorbo que suponían los pesados escudos de madera de sauce, la mayoría los empuñaba. El enemigo, que nos había permitido adentrarnos en el corazón de su campamento, por fuerza tenía que estar viendo cómo mis hombres se pertrechaban; con todo, aparte de observar con indiferencia cuanto hacíamos, no movieron un dedo. Esperé a que los mozos enrollasen de nuevo las correas de cuero y volvieran a montar.